

mercio y a las finanzas de nuestro Estado. Don Ramón guarda también gratos recuerdos de don Tacho.

A fines de 1926, cuando don Ramón iba a completar ya los cuatro primeros meses de estudio en la Academia Zaragoza, la Fundidora convocó a un concurso a los alumnos que habían concluido sus estudios de 6o. año en el último ciclo escolar, con opción a tres becas, indistintamente para las carreras de Ingeniero Mecánico Electricista y Escuela Normal Superior.

Don Ramón fue llamado a concursar y aprobó los exámenes correspondientes, no así el examen médico, en el que fue rechazado; se le atribuyó algo relacionado con el corazón, quedándose con gran decepción a continuar con sus estudios comerciales en Monterrey, aun cuando a partir de ese momento le fue cubierta ya su colegiatura por la propia Fundidora. Don Ramón nunca estuvo convencido de la *incapacidad física* que se le atribuyó. Las becas mencionadas las otorgaba la Fundidora en acatamiento de una disposición de la Ley Federal del Trabajo, sin que las mismas crearan compromiso alguno —decían— para el becario, salvo la de aprobar los estudios, ni para la propia compañía, en cuanto a garantizarle trabajo al pensionado . . .

ARTICULOS PERIODISTICOS

A).—La Historia de un Tornillo
(cuento acerado)

Pensativo caminaba yo el otro día tomando el fresco de la mañana, cuando al pasar por uno de los puentes que tiene contruidos la Fundición para dar paso a las máquinas que hacen el servicio entre los talleres y las vías truncales, oí un pequeño rumor que me pareció cuchicheo de débil vocesilla. Detuve mi marcha y agucé mis oídos: En efecto, era la débil vocesilla de un tornillo que conversaba con un durmiente (de ferrocarril) que cerca de él se encontraba.

Yo, que iba en busca de una noticia o de algo que me sirviera de tema para escribir un artículo que me había pedido "Colectividad", me dije al punto: he aquí la ocasión, señor R.C.C. Saqué al instante mi "Steno", un lápiz y, taquigráficamente, tomé palabra por palabra las narraciones de aquel tornillo, y hélas aquí traducidas, amado lector:

"¡Ay! hermano, decía el tornillo al durmiente, ¡Qué destino el mío! ¡Cuánto he sufrido y cuánto sufriré todavía! ¡Sólo Dios lo sabe! Mi historia es muy triste y muy larga. Mas ya que quieres saberla, te la contaré, escúchame".

"Hace mucho tiempo, yo formaba parte de una gran masa

mineral llamada Cerro del Mercado, la cual se encuentra en un lugar algo distante de aquí, cuyo nombre no recuerdo ahora; sólo sé decirte que allá hay muchos alacranes, los cuales, no obstante su fama bélica y homicida, fueron más compasivos conmigo que estos inquietos y crueles regiomontanos.

“Proseguiré: un día, escuché cerca de mí un trueno tan terrible que me hizo temblar de miedo. De pronto, pensé que habría estallado una revolución civil de esas que agitan a mi Patria de cuando en cuando; pero nada de eso, fue un barreno que explotó debajo de mí y me arrojó a una gran altura, desde la cual caí luego maltrecho y gravemente golpeado en un lugar muy distante del que me encontraba quieto y feliz desde hacía tantos siglos.

“Pero no vayas a suponer que pararon allí mis sufrimientos. Al siguiente día fui levantado y, como criminal conducido a un carro de ferrocarril semejante a jaula o prisión. Todo el camino lloré pensando en cuál podría haber sido mi delito y a dónde me llevaban preso y desterrado. No recordé otro pecado que el haber dado muerte a un alacrán, aplastándolo cuando caí por efecto del barreno que me levantó de mi lugar. Mas eso no era culpa mía.

“Por fin, pasé por este sitio, y arribado que hube al Alto Horno de la Fundidora, me desembarcaron sin hacerme ningún recibimiento, y después de hacerme pasar por las filosas muelas de un molino (preludio de la segunda etapa de mis sufrimientos) se presentó mi primer verdugo: un hombre alto, gordiflón, que para mí que no era de estas tierras, pues nunca pude entender lo que decía, no obstante su retumbante voz perceptible a más de mil metros de distancia.

“Sin piedad y sin miramientos de ninguna clase, mandó

que me arrojasen al fuego revuelto con otras piedras infernales a quienes no conocía yo ni de vista. Cuánto sufrí esa vez, pasando por todos los estados físicos, fue una de las etapas más amargas de mi vida. Por fin, me sacaron de allí, me llevaron a otras muchísimas partes; cada una de ellas era una prensa que me remolía las costillas a su antojo, alargándome, achatándome, etc.

“Vine luego a caer en manos de otro señor tan alto, gordo, e ingrato como el primero que me recibió (sólo que éste es mexicano). Ordenó desde luego que de un terrible golpe me hicieran cabeza, pues tantos sufrimientos me habían hecho perderla, y en seguida, con filosas máquinas me sacaron sin piedad tiras de carne haciéndome una grande y profunda rosca.

“Dejé luego de circular por máquinas, hornos y manos de hombres y vine a caer en las tersas manos de las obreritas que trabajan en Tornillos y Remaches; creí entonces que mi suerte cambiaba y que mis sufrimientos hacían punto final, pues ellas con terquedad me obligaron a cambiar de estado; pero ya no al líquido ni al gaseoso, sino que me unieron con la compañera que desde entonces jamás se aparta de mí: la tuerca, y sin la cual valdría yo muy poco en el mundo.

“Nuestra unión se verificó sin la más insignificante ceremonia y mi cónyuge tuvo dulces frases para mí, consolándome y prometiéndome que jamás me dejaría.

“Ese mismo día fuimos transportados dentro de unos oscuros barriles al almacén, donde estuvimos en calma por algunas semanas, pero ¡oh destino!, fuimos removidos nuevamente y de allí nos trasladamos a este sitio donde no podemos dormir ni estar tranquilos, pues si dejásemos de hacer fuerza, el puente se caería y quién sabe a qué pena más cruel nos condenarían los verdugos de que ya te hablé.

“Tanto estar al sol y al aire, nos ha hecho coger desde la grippe hasta el sarampión y la escarlinata, y nuestro peso ha disminuído considerablemente.

“Mi fiel compañera es mi único consuelo, pero el día que la paciencia le falte . . . y le den ganas de aflojarse . . . ¡quién sabe que será de los dos! Hoy estamos resueltos a soportar lo que venga, juntos.

“Mañana . . . ¡Dios dirá”.

Aquí, el tornillo dejó de hablar, y yo, viendo que ya era tarde, me marché a mi casa, alegre de llevar este sensacional reportazgo a los obreros del “Acero” que, según nuestro protagonista, son más inquietos y crueles que los alacranes de su tierra.

RAMÓN CÁRDENAS C.
Alumno de la Escuela “Acero”.

Monterrey, Junio de 1930.

B) —Gastón os Envía un Mensaje
(A propósito de la crisis*)

Antes de mi regreso a Monterrey fui a despedirme de mi buen amigo Gastón, y no quise desaprovechar tan brillante oportunidad para charlar un buen rato con tan simpática persona.

Quiero Gastón —le dije— que me des un mensaje para mi tierra querida, hacia donde hoy me dirijo con ansia y contento, esperando encontrar muchas y muy buenas cosas. Tú me has dicho que estuviste algún tiempo de visita en mi ciudad y de seguro que guardarás muy gratos recuerdos de tu estancia en ella; no hay persona que visite a Monterrey que no quede complacida de la hospitalidad que siempre se le brinda al foráneo.

¡Bien por el regiomontano! No podías tú negar la cruz de tu parroquia; serías el primero si no alabaras tanto a tu ciudad, pero por ello mismo todos ustedes los regiomontanos son admirables y gracias a ese cariño, casi devoción, que por su Estado tienen, han logrado, hacer de él centro de la admiración de propios y extraños, colocando a ese “cachito” de suelo mexicano en lugar tan encomiable dentro de la economía nacional. Y no podía ser otro el resultado de una acción colectiva de patrio-

* Subtítulo del autor.